



Homenaje a Ignacio Soldevila Durante*

Javier Lluch-Prats

CSIC-CCHS

javier.lluch@cchs.csic.es

La Plata, 3 de octubre de 2008

El pasado 18 de septiembre falleció en Québec el filólogo, historiador y crítico literario Ignacio Soldevila Durante.

Había nacido en Valencia en 1929, y allí vivió feliz una infancia en la cual sus primeras letras tomaron cuerpo en una escuela de la Institución Libre de Enseñanza. Pero llegó la Guerra Civil y lo trastocó todo.

En 1939, su padre, juez republicano, fue encarcelado. Aquejado de una enfermedad pulmonar, al comer sólo pan y cebolla quedó muy deteriorado y falleció tras salir de prisión. La madre, horrorizada, quedó sumida en el dolor y falleció poco después. Así, el joven Ignacio pasó a las manos católicas reeducadoras de su familia paterna, si bien por fortuna encontró una ventana abierta al mundo a través de la literatura.

Muchos años después, se licenció en Filología Románica en el Madrid de 1954, pero ante el gris panorama de la posguerra y la falta de perspectivas laborales, dos años después hizo las maletas para ser lector en Canadá, país en donde su labor sería fundamental en el

* Se reproduce aquí el texto leído en el congreso platense.

Aparte de su muy recomendable obra crítica, para mayor información sobre Ignacio Soldevila, véanse las contribuciones reunidas por la Asociación Canadiense de Hispanistas y publicadas en http://www.ach.lit.ulaval.ca/Noticias/Soldevila_In_Memoriám.html.

Así también: J. Lluch (2007). *Max Aub-Ignacio Soldevila Durante. Epistolario (1954-1972)*. Valencia: Biblioteca Valenciana; J. Lluch (2008). "La trayectoria de un hispanista en Canadá: Ignacio Soldevila Durante", en J. A. Ascunce; M. Jato y M. L. San Miguel (coords.), *Exilio y Universidad (1936-1955)*, San Sebastián: Saturraran, vol. 2, pp. 973-993.



afianzamiento del hispanismo. Ya entonces era frecuente su intercambio epistolar con el escritor al que consideró su segundo padre, Max Aub, con quien había contactado años antes porque quería escribir la tesina de licenciatura en torno a su teatro. Y desde Québec, en noviembre del 56, le escribió estas significativas palabras:

Por primera vez, desde que tenía diez años, me encuentro en un país libre, en donde puedo decir lo que me venga en gana, donde quiera y como quiera. En donde puedo ser católico, protestante o cualquier cosa, en donde puedo gritar vivas y muera a quienquiera. En donde puedo publicar artículos sin que la censura meta las narices, etc., etc. Esto a usted le parecerá infantil. Y tal vez lo sea. Ya le digo que en cuestión de libertades, me había parado a los diez años. Tengo, pues, apenas once cumplidos. Me parece que estoy en otro mundo, porque no hay pobres a la vuelta de cada esquina. No he visto ni uno solo, y me dicen que no los hay. Sin embargo, estaba ya tan habituado a enfurecerme con la presencia de las pobres gentes, que ahora siento su falta. Los echo de menos. Había acabado por no encontrar otra forma de solidaridad pública que esa ira de la pobreza. Por otra parte, siento que estaba allá un poco acorchado. Desde esta altura, cuando los recuerdo, me parece imposible que tantos miles de desheredados no se hayan hecho una marea incontenible. No sabe Ud. la sensación que fue para mí, comprar en una tienda, sin temores, y leerlos en un parque público, *L'Espoir* de Malraux, y *Les cimetières* de Bernanos.

Con el tiempo, esta relación depararía una leal amistad y, como saben, la obra de uno de nuestros clásicos contemporáneos conseguiría esa vuelta tan anhelada y fomentada por su amigo Ignacio. En cambio, él no regresó a España, al menos definitivamente. Lo deseó, pero ya la universidad española le había cerrado las puertas. Volvió en años sabáticos y desde su jubilación evitaba los inviernos canadienses en San Juan, Alicante. Además, como afirmó en alguna ocasión, su alejamiento de la península le había llevado a repudiar los comportamientos sectarios y endogámicos de una España, donde “la vida universitaria es dura: la gente compite y no tiene tiempo para tertulias y esas cosas”. De este modo, tal como escribiera su amigo Luciano García Lorenzo, fue como un naranjo en la planicie helada, una voz que evocaba el Mediterráneo a orillas del río San Lorenzo.



No voy a enumerar sus numerosos méritos. Les invito a consultar sus trabajos sobre teoría literaria, lexicografía y, claro está, sus contribuciones, fundamentales, a la historia de la novela española contemporánea, en la que abarcó desde las vanguardias hasta las últimas vocaciones literarias, con especial atención a autores como Ramón Gómez de la Serna. Ahí quedan más de un centenar de artículos en el ámbito de la literatura; su *Historia de la novela española*, publicada primero en Alhambra (1980) y después en Cátedra (2001); su ensayo de conjunto sobre Max Aub de certero título: *El compromiso de la imaginación* (2003), o el volumen colectivo *El relato fantástico: historia y sistema* (1998), con Arcadio López-Casanova y Antón Risco.

Desde su etapa madrileña tuvo por maestro a otro valenciano, Rafael Lapesa, quien le despertó su inquietud por la lexicografía. Y es que a Soldevila le apasionaban las voces y sus orígenes y derivaciones, le encantaba crear neologismos, sentir viva la lengua, jugar con sus posibilidades para decir y escribir –tan frecuentemente columpiándose en la ironía– cuanto lo convirtió en un hombre excepcional que desbordaba generosidad, un hombre siempre de voz amiga, respetuosa, voz que acompañaba de gestos y no de una sino de dos manos para ayudar al otro, fuera un colega consagrado o un doctorando que no sabía bien por qué camino tirar. Así era Ignacio Soldevila, un hombre bueno de sonrisa constante.

No obstante, si algo le irritaba sobremedida era la desmemoria, como la de cuantos hoy en España, al mencionar la denominada memoria histórica, cuestionan por qué reivindicarla y “abrir heridas del pasado...” Nunca se cerraron, solía decir Soldevila. Y quién mejor que él, miembro de la generación de los niños de la guerra, para saber ¡cuánto, cuánto dolor! se escondía y se agazapaba en el alma por los efectos de aquella incivil guerra que desmoronó su entorno familiar y un entero país. En este sentido, y en nuestro ámbito profesional, Soldevila también hizo cuanto pudo para venir a decirnos que fuera se escribía, que nuestra literatura era solo una, rota y desfigurada por unos militares catetos que se habían cargado la inteligencia.

En mayo de 2006, aún recuerdo su mensaje de agradecimiento a Raquel Macciuci y María Teresa Pochat por abrir la revista *Olivar* para hablar de la novela de Benjamín Prado *Mala gente que camina*. De nuevo, y casi por última vez, escribió un texto para la modélica



revista de La Plata sobre una novela de carácter histórico que rescataba un tema solapado en nuestra historia: los niños perdidos del franquismo, los desaparecidos que hubo también al otro lado del océano. Y se alegró también al saber que aquí se estuviera labrando una tesis sobre Aub en manos de Federico Gerhardt.

El último gesto de su generosidad fue regalar sus libros y su archivo a la Biblioteca Valenciana en 2006. Un legado cuyas gestiones no poco complicadas siempre agradeció que contaran, desde el principio, con el apoyo de Joan Oleza. En cierto modo, el naranjo regresaba a casa, a esa tierra de origen de la que nunca se habría marchado.

Pero fue feliz, y mucho, en Canadá, donde aupó el hispanismo y compartió su pasión letraherida, su modo de conocer y entender el mundo, de encontrar respuestas ante el hombre y sus circunstancias. Allí igualmente dio rienda suelta a su pasión por la pintura, e incluso escribió algún relato.

Ignacio Soldevila, aquel joven que escribió esa carta que les he leído, llegó a ser catedrático emérito en la Universidad Laval, académico de la lengua en Norteamérica y correspondiente de la RAE, una de las figuras más respetadas del hispanismo y de justicia es reconocerle, como a tantos otros, su labor allende las fronteras. Permaneció en Québec y desarrolló allí su brillante carrera, la de un intelectual humanista que laboró con profundidad y sin prisas, con una serena y humilde erudición puesta al servicio de un conocimiento exigente. Y era tan humilde en su cotidianidad que, ahora, nos preguntaría qué hacéis diciendo todas esas cosas que no merezco.

Fue uno de esos hombres que ha dejado huella en todos quienes lo conocimos o en quienes lo leyeron.

Fue, en el buen sentido de la palabra, bueno.

